

La filosofía de la ejemplaridad de Javier Gomá

The Philosophy of Exemplarity by Javier Gomá

Pedro Torres Beldarrain

SCHFE

Resumen: El propósito central de este artículo es exponer las líneas maestras de la filosofía del filósofo español Javier Gomá, tal como aparecen desarrolladas en su *Tetralogía de la ejemplaridad*. El concepto de ejemplaridad, que vertebra y confiere unidad de sentido a la filosofía de Gomá, está presente de diversas maneras a lo largo de la historia del pensamiento occidental. En su obra, Gomá rastrea y revela las variadas manifestaciones de la idea de ejemplaridad en diferentes periodos y construye a partir de ella un coherente sistema de ideas referidas tanto a la dimensión teórica como a la dimensión práctica de la filosofía. La filosofía de la ejemplaridad de Javier Gomá representa un renovado intento por pensar al ser humano y la realidad que le interpela a partir de la concreción del ejemplo individual, que desde una perspectiva ética nos interpela como ideal de ejemplaridad.

Palabras clave: Javier Gomá, *Tetralogía de la ejemplaridad*, ejemplaridad, universal concreto.

Abstract: The central aim of this article is to outline the key ideas of the Spanish philosopher Javier Gomá, as developed in his *Tetralogy of Exemplarity*. The concept of exemplarity, which forms the backbone and unifies the philosophy of Gomá, appears in various forms throughout the history of Western thought. In his work, Gomá traces and reveals the different manifestations of the idea of exemplarity across different periods and constructs from it a coherent system of ideas that address both the theoretical and practical dimensions of philosophy. Javier Gomá's philosophy of exemplarity represents a renewed attempt to conceptualize the human being and the reality that calls to him from the concreteness of individual examples, which, from an ethical perspective, challenge us as an ideal of exemplarity.

Keywords: Javier Gomá, *Tetralogy of Exemplarity*, exemplarity, concrete universal.

Javier Gomá Lanzón (Bilbao, 1965) publicó el año pasado *Universal concreto. Método, ontología, pragmática y poética de la ejemplaridad* (Taurus, 2023). Con esta obra completaba, en la medida en que el pensamiento pueda completar su tarea, la serie de ensayos que había iniciado veinte años antes con la publicación de *Imitación y experiencia* (2003), obra galardonada con el Premio Nacional de Ensayo en 2004. A *Imitación y experiencia* siguieron otros tres ensayos que conforman, junto con aquel, su *Tetralogía de la ejemplaridad: Aquiles en el gineceo* (2007), *Ejemplaridad pública* (2009) y *Necesario pero imposible* (2013).

Confiesa Javier Gomá en las primeras páginas de *Universal concreto* que hubiera querido que este fuera su primer y único libro, subrayando así que toda su obra responde al desarrollo de una sola idea que, como se adivina, no es otra que la idea de “ejemplaridad”.

El centro de una filosofía literaria lo ocupa la visión del mundo imaginada por su autor en el transcurso de una experiencia llamada vocación. En el caso de la filosofía de la ejemplaridad, este concepto constituye el centro de su visión, el sol en torno al cual giran los planetas y que confiere unidad al sistema (Gomá, 2023, 31).

Consideraremos, por tanto, la *Tetralogía* y este último libro desde una unidad de intención y de sentido y trataremos de condensar las casi dos mil páginas en las que el autor despliega su reflexión en torno a la idea de “ejemplaridad” dentro de los límites de un artículo que no tiene otra pretensión que invitar a la lectura de la obra de Javier Gomá, uno de los filósofos españoles más destacados de nuestro tiempo.

Siguiendo a Kant en la exposición que el filósofo prusiano hace del concepto mundano de filosofía, Gomá resume el objeto de su reflexión como el intento de dar respuesta a dos preguntas:

En consideración a su contenido, las cuatro (preguntas kantianas) admiten sintetizarse en dos, una ontológica y otra pragmática: qué hay en el mundo (el hombre) y qué hacer con lo que hay (saber, actuar, esperar) (Gomá, 2023, 27).

¿Qué es el ser? ¿Qué debemos hacer? Son las preguntas perennes de la filosofía. La respuesta a la primera pregunta conforma una ontología o ciencia del ser. En el caso que nos ocupa, una antropología filosófica, puesto que es en la persona, en el ser humano, donde se muestra el ser en su plenitud. La segunda pregunta apunta a una pragmática y a una teoría moral, que en el caso de Javier Gomá culminan en una reflexión sobre la religión y el arte.

El ser es la inteligibilidad de los entes, lo que los hace comprensibles. El deber ser dibuja ante nosotros un ideal que orienta nuestros actos y da sentido a nuestras vidas. Se trata de la conocida división kantiana de la filosofía en sus vertientes teórica y práctica. En cuanto a la primera, afirma Gomá:

Lo que sean los entes, aquello normalmente llamado “ser”, tiene que ver con una cualidad que ellos poseen y que los hace inteligibles para la mente humana (Gomá, 2023, 49).

Es en el ser humano donde se muestra la inteligibilidad de los entes, donde el ser acontece, en términos heideggerianos. En cuanto a la segunda vertiente, la filosofía práctica, Gomá la vincula con la noción de “ideal”: “Un ideal es una propuesta de perfección que prescribe un comportamiento a la acción, ilumina la experiencia individual y moviliza el entusiasmo latente”.¹

Gomá entiende la filosofía como un género literario cuyo vehículo es el concepto. La filosofía trata de narrar con conceptos un relato verosímil, convincente, que dé sentido a nuestra experiencia de la vida y del mundo:

“Literatura conceptual: esta es la definición más justa de la esencia de la filosofía, donde “literatura” es sustantivo y “conceptual” adjetivo. (...) De hecho, la historia del pensamiento filosófico admite ser presentada como una secuencia de doctrinas que sucesivamente adquieren vigencia por la fuerza de su argumentación retórica y que en algún momento posterior la pierden, cuando la comunidad les retira la adhesión íntima que primero les prestó, sin que, al principio de esa vigencia, nadie haya demostrado nunca su certeza empírica, y sin que, al final de la misma, nadie haya probado tampoco su error (Gomá, 2023, 20)

Según Gomá, los conceptos filosóficos hacen inteligible, dotan de sentido a nuestra experiencia vital en el mundo, pero no son en sí mismos objeto de verificación empírica, sino vehículo de un relato persuasivo cuya vigencia, que no verdad, depende de su capacidad para concitar el consenso en una época determinada o para seguir suscitando interés, más allá del momento en que surgieron.

El relato filosófico nace en Grecia como indagación sobre la naturaleza de las cosas, del cosmos. Aplica a los entes un esquema de pensamiento que antes los poetas habían utilizado con éxito: la relación imitativa entre el modelo y la copia. Así como Homero exhortaba a los griegos a emular a los héroes del pasado, Platón explicaba que las cosas sensibles imitan a las Ideas. El mundo de la experiencia es copia de otro más perfecto, un mundo inteligible de arquetipos eternos. De la misma manera, el arte imita a la naturaleza y el ejemplo de los antiguos sirve de modelo a quienes les suceden. Imitación de Ideas, imitación de la Naturaleza, imitación de los Antiguos, son las tres clases de imitación que dan forma al pensamiento premoderno, según Gomá.

El ser humano ocupa en la filosofía premoderna un lugar subordinado, como todo ente que no es sino parte de un todo dotado de un sentido previo, acabado, que el pensamiento solo puede descifrar o imitar. El ser de las cosas, de los entes, lo que les dota de inteligibilidad, es precisamente su relación con un modelo preexistente. Todo es ejemplo de algo y eso de lo que algo es ejemplo es precisamente su verdadero ser.

En último término, esta forma de comprender la realidad es consecuencia, dirá Gomá, de la relación de dependencia en que el pensamiento se

encuentra respecto del lenguaje. Solo podemos pensar lo que podemos decir y solo podemos decir (si exceptuamos los nombres propios) lo universal, lo abstracto, lo inmutable. Gomá propone explorar la posibilidad de liberar al pensamiento de la camisa de fuerza de los conceptos especulativos de la filosofía y de la ciencia (universal abstracto) y reconocer el poder del ejemplo personal, del ideal de ejemplaridad encarnado en un prototipo moral, para comprender, conformar y dar sentido a nuestras vidas.

Uno de los objetivos del presente estudio es desarrollar, dentro de la teoría general de la imitación, una filosofía del ejemplo entendido como un caso individual que encierra una ley universal; en suma, como un *universal concreto*. En cuanto universal, participa de la legalidad general, pero esta legalidad es concreta, y por ello puede ser intuita y captada por el deseo. La imitación del ejemplo se contrapone, por tanto, al universal abstracto del lenguaje (Gomá, 2014 (I), 36)

La edad moderna descubre al sujeto autónomo y legislador, y con este descubrimiento el esquema de la imitación, del modelo y la copia, cae en el descrédito. El nuevo sujeto no imita, sino que crea libérrimamente sus objetos y su ideal. El idealismo filosófico o el romanticismo literario son ejemplos de esta nueva sensibilidad. “*Sapere aude!*”, exclamará Kant, elevando la autonomía personal a rasgo distintivo de la modernidad. En este contexto, imitación es sinónimo de dependencia, de heteronomía, es la negación de la libertad del sujeto.

Hasta la modernidad ilustrada, el hombre vivía en un cosmos simbólico. El hombre era solo una parte del universo, aunque ocupase el centro, y el mundo humano (microcosmos) se encuadraba en la gran majestad del universo (macrocosmos) por relaciones de participación y analogía. (...) En la Modernidad, el hombre no es solo el centro del cosmos ni la parte más importante de él, sino él mismo un cosmos y su yo el único ser originario (Gomá, 2014 (I), 266).

Con la crisis de la modernidad vuelve a escena, bajo ropajes nuevos, la idea de imitación. Quizás el sujeto no sea efectivamente tan libre y autónomo como se creía, pero no podemos volver al viejo esquema del modelo eterno y la copia imperfecta. Los seres humanos, paradigma desde el que Gomá propone comprender el ser, vivimos inmersos en una red de ejemplos personales que nos conforman, estamos constituidos especularmente, de tal manera que todos somos ejemplo para todos, pero ejemplos contingentes e imperfectos. Para Gomá este carácter constitutivamente ejemplar de nuestra existencia es un hecho al que se refiere como *facticidad*. La experiencia de la vida es una constante selección e imitación de ejemplos entre múltiples alternativas disponibles, sin que eso suponga menoscabo de nuestra autonomía y racionalidad, puesto que libre y conscientemente podemos elegir nuestros modelos y elegir qué modelo queremos ser para los demás.

Con la crisis de la Modernidad a principios del siglo XX surge una cuarta clase de teoría de la imitación: la teoría de la imitación moral de prototipos. El esquema modelo-copia experimenta profundas modulaciones como

consecuencia de la variación de sus elementos: el modelo es ahora una persona libre y creadora, no un canon intemporal y prefijado; la copia es igualmente un sujeto libre y creador, no una réplica inerte (Gomá, 2014 (I), 282).

De alguna manera, el patrón temporal que hemos utilizado para interpretar la evolución de nuestra cultura sirve también para comprender nuestra experiencia vital como individuos, nuestra biografía. Empezamos, siendo niños, imitando el ejemplo de los adultos, que representan el modelo cumplido de lo que el niño pretende ser algún día y transmiten a éste la seguridad y la certeza que no puede procurarse por sí mismo. Seguimos, en nuestra adolescencia y juventud, conquistando progresivamente mayores cotas de autonomía y singularidad. Terminamos de madurar en la vida adulta, integrándonos como ciudadanos en una sociedad de iguales.

La adolescencia y la juventud pueden considerarse parte de un periodo estético en la vida humana, en el que, como Aquiles en el gineceo, gozamos con las posibilidades infinitas que se abren ante nosotros y damos rienda suelta a los proyectos ilusionantes de nuestra imaginación.

En la infancia el niño vive en armonía con el cosmos sintiéndose seguro y protegido como parte natural de él. En la edad madura el sujeto se halla ya integrado en la eticidad social, donde funda su casa y desarrolla sus capacidades productivas. Entre ambas objetividades, despunta el estadio de la subjetividad adolescente. Durante la adolescencia, la relación entre el yo y el mundo -físico, social, simbólico- se torna problemática. (...) ante los avances de la subjetividad toda la realidad se remueve, cede dócilmente como arcilla fresca en manos del alfarero (Gomá, 2014 (2), 83).

Llega un momento en la vida de cada persona en que los proyectos deben concretarse. La subjetividad infinita debe integrarse en la objetividad / intersubjetividad social fuera de la cual todo proyecto vital es puramente quimérico. Pero toda determinación es negación. La experiencia de la vida nos enseña que vivir es renunciar a las pretensiones desmedidas del yo, para entra a formar parte de la sociedad y convertirnos en uno más, asumir nuestras responsabilidades y compromisos como ciudadanos y de alguna manera morir a nuestras expectativas de infinitud, poner límites a las aspiraciones subjetivas e ingresar como un individuo más en la rutina del trabajo y de las obligaciones sociales. El deber y la virtud sustituyen – kantianamente- en la vida adulta a la inclinación estética de la adolescencia.

La mayoría de edad del hombre se resume en la palabra deber - ¿Quién negaría este aserto? -, deberes profesionales, familiares, ciudadanos. El deber es algo que nos precede y nos trasciende, que cumplimos en conciencia sin inclinación. En este estadio, la alegría del hombre reside en los buenos frutos de la virtud (Gomá, 2014 (2), 104).

En una sociedad democrática de ciudadanos libres e iguales, conquista irrenunciable de la modernidad, como reconoce Gomá, basada en el reconocimiento universal de la dignidad de todo ser humano, la convivencia solo es posible sobre las bases de una ejemplaridad horizontal.

Solo una ejemplaridad genuinamente contemporánea podrá valer y ser eficaz como ideal civilizatorio. Y para ser contemporánea habrá de ser, conforme a lo expuesto, democrática, y esto equivale a decir finito-igualitaria (Gomá, 2019, 28).

No ha lugar ya para la vieja *noblesse oblige*, la ejemplaridad no puede ya derivar de la posición privilegiada de una minoría aristocrática, pero sigue siendo posible y necesaria una renovada *paideia* cívica que fomente, por medio de las costumbres, modelos de ejemplaridad pública que encarnen los valores compartidos de la sociedad.

Una *paideia* que se compone de una trama articulada de costumbres modeladoras del yo conforme al ideal perfilado por la *polis* en cada momento histórico, y que actúa sobre la subjetividad para reformarla y emanciparla incoando en ella el trascendental proceso de socio-individuación personal y colaborando en su progreso moral. Es en vistas a esta cooperación con la virtud que dichas costumbres merecen también el título de “buenas costumbres” (Gomá, 2019, 212).

Este ideal que galvaniza las buenas costumbres será el prototipo moral de un individuo que encarna en su persona todos los valores estimados por los miembros de la sociedad en un grado de excelencia y tendrá la capacidad de promover, por debajo de la fuerza coercitiva de las leyes, la cohesión y la armonía en la sociedad.

A diferencia de la Idea, una tipicidad conceptual abstracta, el ideal es siempre una tipicidad concreta que se propone a la intuición sensible. Lo personal de la ejemplaridad radicaliza la concreción del ideal sin menoscabo de su universalidad imprescriptible. El prototipo excelente instituye una individualidad normativa, un cuerpo preñado de ley (Gomá, 2023, 129-134).

Este universal concreto no se encarna plenamente en ningún individuo particular, pero atrae hacia sí, por medio de la imaginación, las acciones de los individuos conforme al adagio latino *exempla trahunt*.

Para ser efectivo, este prototipo moral debe ser imitable por todos, un modelo de excelencia que no trasciende, como algo extraordinario, las posibilidades del común de los mortales, sino que eleva las aspiraciones de todos por encima de la vulgaridad generalizada. La finalidad del prototipo moral es generalizar la virtud, engendrar una mayoría selecta capaz de movilizar a la totalidad del cuerpo social en aras de un ideal compartido.

Y como horizonte último se anuncia la muerte, el fracaso en que se resuelve ineludiblemente esa pasión inútil que es en definitiva toda vida humana. El final de nuestra experiencia vital es la muerte biológica, pero antes de ella experimentamos la muerte como renuncia y autolimitación. Lo específicamente humano no es la muerte biológica, sino la conciencia prematura de la muerte, el tener que habérmolas con ella por anticipado.

Ser mortal no significa solo saber que hemos de morir; supone más bien la participación moral en la experiencia del inevitable fracaso del hombre, desbordado en todas las direcciones por un mundo que le supera (Gomá, 2014 (3), 197).

El ser humano vive su condición mortal como una inmerecida injusticia. Nuestra dignidad no se compadece bien con la muerte.

¡Es injusto! La muerte de un hombre representa, siempre, una injusticia. Nadie debe morir, del mismo modo que, aunque lo practique todos los días y en producción industrial, el mundo carece del *derecho* a condenar a muerte al yo, una vez que este ha sido despertado por la naturaleza al sentimiento de su propia dignidad indeclinable (Gomá, 2014 (3), 280).

Esta experiencia del universal vivir y morir con dignidad nos iguala a todos los mortales. Más allá de la muerte biológica no nos queda otra esperanza que confiar en que el ejemplo de nuestra vida perdure en los demás. Para algunos privilegiados, la excepcionalidad de sus obras puede otorgarles una permanencia más duradera en la memoria de los hombres. Existe la posibilidad de perpetuarse en las obras, en los hijos, en la memoria de los otros, pero queremos más, queremos, como Unamuno, seguir viviendo en nuestra actual condición de seres singulares, más aún, corpóreos y mortales. Otra forma de pervivencia no sería propiamente una superación de la muerte, sino un morir para siempre lo que somos para pasar a ser otra cosa distinta. Por eso no nos satisface el relato dualista del alma inmortal que pervive tras la muerte del cuerpo, afirma Gomá, porque es precisamente ese cuerpo mortal el que nos hace ser quienes somos y esta conciencia de la muerte la que nos define como humanos.

El hombre no quiere morir, pero de ello no se colige que anhele una supervivencia a costa de dejar de ser individual y mortal. Nuestra individualidad está manufacturada con los materiales de la mortalidad, elige su finitud para elegirse a sí misma y prefiere una mortalidad que no cesa antes que la despersonalizada eternidad (Gomá, 2014 (3), 271).

La solución que Gomá vislumbra es lo que él denomina “mortalidad prorrogada”, una extensión *sine die* de nuestra condición humana, lo que es decir mortal. La cuadratura del círculo. Esta es la aspiración necesaria pero imposible del ser humano. O quizás posible. Entramos ya aquí en el campo de la conjetura.

De modo que el hombre desea su supervivencia y ese deseo quiere, antes que la inmortalidad del alma o una apoteósica mutación de su “ser” finito, una *mortalidad que no cese* por el hecho de la muerte. Ser mortal significa poder morir, pero esa posibilidad ontológica no exige la muerte efectiva del ente mortal, ni tampoco que, si esta muerte se produce, sea por fuerza la última palabra sobre el destino del yo (Gomá, 2014 (3), 130).

Hubo un hombre llamado Jesús de Nazaret en el que se dieron circunstancias singulares. Encarnó para los que lo conocieron un ideal de humanidad sin precedentes, una suerte de “super ejemplaridad”, en palabras de Gomá. Atrajo con su ejemplo a un grupo de fieles seguidores que vivieron su muerte como la más trágica injusticia. No solo eso, sino que de alguna manera que no nos es posible explicar, experimentaron su resurrección y dieron testimonio de ella, testimonio que ha llegado a nuestros días. Según el relato cristiano, Jesús de Nazaret venció a la muerte y su victoria

es anuncio de lo que todos podemos esperar tras la muerte biológica. Pero aquí no se trata ya de experiencia sino de esperanza. Una ventana abierta a la razón para trascenderse en la fe.

A la figura histórica de Jesús de Nazaret y al importante papel que desempeña en relación con el problema de la muerte y con la respuesta que podamos dar a la pregunta, ya planteada por Kant, de qué podemos esperar, dedica Gomá el cuarto de los tomos de su *Tetralogía*, lo que da cuenta de la importancia que en su filosofía tiene la dimensión religiosa del ser humano.

En el último apartado de *Universal concreto*, titulado *Poética*, Gomá presenta algunas reflexiones sobre los límites de la razón filosófica en relación con los fines últimos de la vida humana y sobre el papel del arte en esta tarea.

De modo que la filosofía de la ejemplaridad adolece de una contradicción intrínseca -razonar con conceptos abstractos sobre la mayor verdad de lo concreto- que motiva su insuficiencia última y explica por qué su culminación no está en la filosofía misma, sino fuera de ella en la actualidad del mundo, los entes personales que lo habitan y el antes y después de su temporalidad, de la cual dan cuenta los otros géneros literarios no conceptuales, como la narración o la acción dramática, más fiel y verdaderamente que el discurso filosófico (Gomá, 2023, 250).

Quizás resulte que sobre lo que realmente nos importa no sea posible filosofar, sino solo poetizar. Quizás la ejemplaridad del ideal de humanidad que vislumbramos, ese universal concreto en cuyo espejo nos trascendemos desde nuestra vulgaridad presente, sea más fácil de imaginar que de conceptualizar. Quizás el arte o la poesía nos acerquen a él más eficazmente que la razón discursiva, que se mueve siempre en la abstracción de los conceptos generales. Y quizás, en consecuencia, el arte y la literatura, el teatro en particular, como experiencia oral y presencial, tengan encomendada hoy una misión importante: proponer al ser humano un ideal de humanidad que le atraiga hacia la más elevada expresión de sí mismo.

El universal filosófico ordena y sistematiza la materia que estudia en un plano de abstracción despersonalizada, en tanto que el universal dramático devuelve a las personas a las tres dimensiones de la vida, donde han de soportar el peso dramático de lo real. La filosofía *dice* (con palabras) lo que el teatro *muestra* (con la carne en escena) (Gomá, 2023, 246).

Esta reflexión en torno al papel del arte y la literatura en el esclarecimiento de las cuestiones decisivas que incumben al ser humano conecta con algunos aspectos importantes de la vida y la obra de Javier Gomá. De su padre recibió, según él mismo desvela, su primer conocimiento de la literatura clásica griega, y de su admiración por ella nace su primera vocación por los estudios clásicos. Se licenció en Filología Clásica (1988) y en Derecho (1992) en la Universidad Complutense de Madrid, antes de doctorarse en filosofía en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (2001). En 1996 empezó a trabajar en la Fundación Juan March, de la que es director desde 2003. Además de su importante bibliografía dedicada al ensayo filosófico, cuyo

máximo exponente es la *Tetralogía de la ejemplaridad*, ha escrito y puesto en escena una trilogía teatral bajo el título *Un hombre de cincuenta años* (2021), compuesta por las obras *Inconsolable*, *Quiero cansarme contigo* (estrenada bajo el título *El peligro de las buenas compañías*) y *Las lágrimas de Jerjes*. Forma parte de los patronatos del Teatro Real y del Teatro Abadía de Madrid.

En la primera de las obras de su trilogía teatral, el monólogo titulado *Inconsolable* (2016), Gomá expone desde un original registro dramático algunas de las ideas centrales de su tetralogía. El cambio de registro es perfectamente coherente con su filosofía, puesto que como él mismo explica en el breve texto introductorio *Sucio secreto*, mientras que la filosofía proyecta la luz del concepto sobre las cosas, el teatro -como el arte, en general- tiene la capacidad de asomarse a los oscuros abismos de la experiencia humana sin necesidad de explicarlos. Frente al universal abstracto de la filosofía, que sistematiza la experiencia en el plano impersonal del concepto, el universal concreto del teatro -los personajes y su peripecia- nos devuelve a las tres dimensiones de la vida, donde se libra el conflicto con lo real en su verdadera profundidad.

¿Dónde queda en mi filosofía -la tetralogía de la ejemplaridad- el componente incivil de la vida humana, su sinsentido, su horror y su absurdo? ¿Cómo dar un sitio en el sistema filosófico a la grieta que rasga cualquier intento de construcción de un orden, ese lado monstruoso de la existencia que nunca cesa, la pulsión irracional, el factor disidente, abisal, ominoso que rompe la unidad de la experiencia humana, sin pretender integrarlo en un código trascendente que felizmente lo subsuma? (Gomá, 2021, 14)

En *Inconsolable*, Gomá encara con serena lucidez el acontecimiento dramático de la muerte del padre, de su padre. Velar el cuerpo de un padre o de una madre es una experiencia fundamental en la vida de cualquier persona. Pone ante nosotros una verdad nuclear: la finitud del ser humano, su entraña temporal (somos tiempo) y nos la muestra no mediante un concepto genérico, sino con un ejemplo concreto. El ejemplo de una vida sobre cuyas pisadas hemos transitado nosotros la nuestra y en la que en algún momento nos hemos mirado como en un espejo. En opinión de Gomá, los padres no son simplemente personas amadas, son verdaderos seres mitológicos cuya presencia potente y mágica opera durante toda la vida en el fondo de nuestra conciencia.

Sin abandonar el punto de vista del universal concreto en el que sitúa su monólogo, Gomá va analizando los sentimientos que la muerte de su padre ha dejado en él y nos acompaña en la tarea de asumirlos sin caer en el desconsuelo ni en la culpa. Permanecer en el ámbito del universal concreto significa extraer de la experiencia concreta de la muerte de su padre todo aquello que sea universalizable, comunicable, significativo para el resto de los seres humanos con quienes comparte la común experiencia de vivir, envejecer y morir. Porque más allá de la biografía de cada uno, de las anécdotas que van surgiendo en el relato, la experiencia de la muerte es una vivencia universal.

Gomá nos recuerda que antes o después todos somos huérfanos, que la orfandad es una experiencia universal y fundamental de todo ser humano, que en la muerte se revela una profunda injusticia, una herida metafísica para la que apenas disponemos de un insuficiente linimento social.

Pero la muerte es también el lugar de la verdad, en ella se muestra el verdadero ser del difunto.

He aquí el retrato, ya acabado. Por primera vez se nos muestra, dentro de ese marco, su imagen entera, terminada, esencial, esencialísima, limpia de esas adherencias que antes estorbaban la comprensión (...) el conocimiento perfecto es siempre póstumo (Gomá, 2021, 30).

Gomá extrae de la experiencia de la muerte de su padre una conclusión práctica, un auténtico imperativo moral: actúa de tal manera que al final de tu vida seas un ejemplo de vida digno para los demás. En realidad, vivir no es otra cosa que ir dando forma a la imagen que dejaremos a los que nos conocieron cuando hayamos muerto. La vida de un ser humano es la lenta gestación de un ejemplo póstumo, y podremos darla por buena si, como dice Jorge Manrique en los últimos versos de las *Coplas a la muerte de su padre* (copla XL):

Y aunque la vida murió
nos dejó harto consuelo
su memoria.

Una vez expuestas a grandes rasgos las líneas maestras de la *Tetralogía de la Ejemplaridad* plantearemos algunas reflexiones que nos suscita su lectura.

Es de justicia comenzar este apartado crítico con el reconocimiento del enorme esfuerzo sistemático que Javier Gomá despliega a lo largo de su obra, permaneciendo fiel a su intuición original de exponer coherentemente los grandes temas de la filosofía en conexión con el concepto nuclear de *ejemplaridad*. Sus rigurosos análisis historiográficos, respaldados por una vasta bibliografía, especialmente los que desarrolla en el primer tomo de la tetralogía (*Imitación y experiencia*, 2004), dedicado a exponer la historia de la idea de ejemplaridad y a elaborar una teoría sobre la misma, demuestran una asombrosa erudición. Si a esto sumamos su exposición en un lenguaje elegante y diáfano, el resultado es una propuesta filosófica de primer orden.

Si tuviéramos que sintetizar en pocas líneas algunas ideas axiales de la *Tetralogía*, tendríamos que referirnos en primer lugar a la condición corpórea y temporal, por tanto, finita, del ser humano. Esta condición no solo nos enfrenta al hecho de la muerte y al problema de su terrible sinsentido, nos aboca además a preguntarnos por las condiciones de posibilidad de nuestro conocimiento de la realidad, que no puede abandonar, sin desvirtuarse, su fundamento en la intuición sensible, en el ejemplo. No es, desde luego, un tema nuevo, pero como Gomá nos recuerda, la filosofía no encuentra su razón de ser en un banal ejercicio de originalidad, sino en la búsqueda de respuestas convincentes a las preguntas últimas que interpelan al ser humano, y estas no han variado sustancialmente a lo largo de los siglos.

Encontrar un sentido a la común experiencia de vivir y morir de los seres humanos, he ahí el tema de la filosofía. Experiencia común no solo en tanto que *todos* los seres humanos pasamos por ella, de que es universal, sino en cuanto que la vivimos *en común*, en sociedad. La dimensión social, y por ende moral, de la experiencia humana es otro eje del pensamiento de Javier Gomá. Es en la renuncia que supone para la subjetividad de cada individuo su inserción en un orden social donde el ser humano encuentra, paradójicamente, su singularidad, su vocación y su destino. Desde el reconocimiento de la constitución social de toda experiencia humana, Gomá nos conduce a una revalorización de cada vida individual, por común e irrelevante que desde espurios criterios de originalidad parezca, pues toda biografía auténtica supone un compromiso con las exigencias éticas de la vida en sociedad, exigencias que no siempre nos demandan gestos heroicos o extraordinarios, sino la asunción responsable de nuestros deberes cotidianos.

Hay un hilo conductor en la *Tetralogía* que, partiendo de la literatura griega antigua, pasa por el cristianismo y llega hasta las modernas sociedades de masas. Se trata, naturalmente, del valor y la importancia de la *ejemplaridad*. Cuando Homero canta la cólera de Aquiles, propone la experiencia vital del héroe como modelo de conducta para los griegos, como espejo en que mirarse, un particular espejo que nos devuelve la imagen no de lo que somos, sino de lo que debemos ser. De la misma manera, Jesús de Nazaret se presenta ante sus discípulos como ejemplo perfecto de humanidad, como universal concreto al que los cristianos son invitados a imitar y a seguir. Toda especulación teórica abstracta carece de la fuerza intuitiva del ejemplo personal a la hora de proponer un modelo y un sentido a nuestra experiencia vital.

El necesario análisis teórico de la realidad no puede obviar el hecho de que hay un límite más allá del cual la razón especulativa se muestra impotente. Probablemente Sócrates se equivocaba cuando afirmaba que el conocimiento del bien nos hace buenos, a menos que entendamos ese conocimiento del bien como la intuición de un modelo personal que nos revele lo que es bueno, que encarne el bien concreto y al mismo tiempo nos atraiga hacia él. La vida misma de Sócrates sería entonces ese bien cuyo conocimiento puede hacernos buenos, predicando con el ejemplo.

En las modernas sociedades igualitarias, democráticas, todos somos ejemplo para todos (ejemplaridad horizontal) pero también es verdad que esta función ejemplar corresponde de manera especial a las personalidades públicas en todos los ámbitos (político, cultural, económico, etc.). Gomá subraya la importancia y el poder de la ejemplaridad pública para conformar las buenas costumbres que como savia nutricia sostienen y vigorizan las instituciones sociales. A este tema dedica el tercero de los libros de su tetralogía: *Ejemplaridad pública* (2009)

Las nociones “universal concreto”, “ejemplo” e “ideal de ejemplaridad”, que en la *Tetralogía* están estrechamente relacionadas, suscitan algunos

interrogantes. En principio, Gomá delimita con pretendido rigor quirúrgico estos conceptos:

Una manera de presentar la visión de la ejemplaridad, de forma compendiada pero esencialísima, es atender a la respuesta que ofrece (...) a las dos preguntas fundamentales de la filosofía: la pregunta *ontológica*, que interpreta qué hay en el mundo, lo que denominamos normalmente el “ser”; y la *pragmática*, que se pregunta qué hacer con lo que hay y remite al ideal. La ejemplaridad propone una respuesta distintiva a ambas cuestiones. Sobre la primera pregunta dice: lo que hay en el mundo es *el ejemplo* (idea de “ser”); sobre la segunda: lo que hay que hacer es imitar el *ideal de ejemplaridad*. Ambos, ejemplo e ideal, representan dos modalidades -en su versión ontológica y pragmática- del mismo *universal concreto* (Gomá, 2023, 32).

Por una parte, Gomá nos invita a superar la noción de universal abstracto, deudora de la estructura lingüística de nuestro pensamiento (El Ser, El Bien, La Justicia, La Belleza, La Verdad) en beneficio de un universal concreto, un individuo ejemplar capaz de apelar a nuestra intuición y a nuestro deseo, encarnando al mismo tiempo una regla universal. Un *prototipo moral* que atrae como objeto de admiración o de amor. Uno piensa entonces en Pericles, en Sócrates, en Jesús de Nazaret o en Mahatma Gandhi. Pero Gomá advierte que este prototipo moral no se identifica con ningún ejemplo concreto, sino que es un ideal que reúne en sí las virtudes o valores comúnmente reconocidos como vigentes por una sociedad concreta, sin que esa ejemplaridad se agote o identifique con ningún individuo particular que pueda encarnar aspectos parciales de ese ideal de ejemplaridad.

El prototipo moral de los griegos del siglo de Pericles sería entonces no tanto el individuo concreto Pericles, sino el *ideal* ciudadano ejemplar que él y otros ciudadanos ejemplares como él conjuntamente encarnan: el ciudadano que trata a los otros como iguales, que demuestra valor en la batalla, que usa la palabra para discernir lo correcto, que aprecia las artes, todas esas virtudes que se desgranán en la conocida oración fúnebre y que conforman el ideal del ciudadano ateniense del siglo V a.C.. Y el ideal cristiano podría asimismo emerger de las palabras del sermón de la montaña o de las parábolas evangélicas: el hijo pródigo, el buen samaritano, el publicano contrito, etc. El individuo Pericles o el individuo Jesús de Nazaret encarnarían solo parcialmente el *ideal de ejemplaridad* al que nos atraen, sea este el ideal de ciudadanía democrática de los atenienses o el ideal de vida evangélico.

Nuestra primera duda es si el pensamiento puede escapar en algún momento de la estructura lingüística que lo ahorma. En todo caso, podremos sustituir el registro discursivo-especulativo del lenguaje tradicionalmente característico de la filosofía, por otro poético o simbólico, entendiendo por tal un lenguaje que sustituya las definiciones abstractas por imágenes o símbolos que conecten por nuevas vías con nuestros deseos, esperanzas y temores, con nuestra experiencia vital, en suma. Pensemos en el significado de la imagen del crucificado o en el símbolo de la cruz para los cristianos, tal como se

presenta, por ejemplo, en este versículo del evangelio de San Mateo: “Entonces les dijo Jesús a sus discípulos: — Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga.” (Mt., 16, 24)

La noción de *prototipo moral* apunta a una representación capaz de reunir cierta universalidad reguladora y al mismo tiempo la suficiente concreción intuitiva para atraer nuestra sensibilidad y mover nuestra voluntad. Se sitúa en un terreno intermedio y hasta cierto punto ambiguo entre lo concreto del ejemplo y la abstracción de la idea, es una representación ideal y al mismo tiempo concreta (universal concreto).

A diferencia de la idea, una tipicidad conceptual-abstracta, el ideal es siempre una tipicidad concreta que se propone a la intuición sensible (...) El prototipo excelente instituye una individualidad normativa, un cuerpo preñado de ley (Gomá, 2023, 134).

En algunos momentos, las nociones de *ejemplo* e *ideal de ejemplaridad* parecen confundirse, no siendo la ejemplaridad otra cosa que la fuerza prescriptiva, atractiva, ejemplar, en definitiva, del ejemplo. El buen ejemplo atrae y esa capacidad de atracción/prescripción del ejemplo es la ejemplaridad.

A veces, por el contrario, Gomá parece subrayar el carácter trascendental del ideal, que no debe ser confundido con el ejemplo.

La propuesta de perfección de la ejemplaridad se formula como prototipo (...) una tipicidad concreta susceptible de repetición (...) una figura humana cuya forma se transmite por medio de la acción: la praxis de la imitación. Esta forma personal (...) no existe como tal en la realidad (...) aquí no se está razonando sobre algo que exista, sino sobre esa propuesta de perfección en que consiste el ideal (Gomá, 2023, 132).

El aspecto más valioso, en nuestra opinión, de la filosofía de la ejemplaridad, consiste en destacar el valor y el poder del ejemplo como revulsivo moral. Y es que, a pesar de su particularidad, el ejemplo posee una eficacia práctica que deriva precisamente de su concreción intuitiva y corpórea.

Cuando los atenienses coetáneos de Pericles lloran la muerte de sus jóvenes muertos en combate, es el ejemplo vivo de valor y entrega de los soldados muertos, individuos concretos de carne y hueso, lo que les admira y conmueve, más que el ideal democrático de vida que celebra Pericles en su discurso. En esos jóvenes se encarna el ideal, en ellos se revela y solo en ellos es real, con todas sus limitaciones. Cuando Pilatos presenta a Jesús ante la turba y proclama *Ecce Homo* o cuando Jesús de Nazaret dice a uno de sus discípulos “¡Sígueme!”, nos encontramos ante un individuo concreto de carne y hueso, no ante un ideal pensado o imaginado. En último término, este es el significado más original del cristianismo: Dios se hace hombre, se encarna en un individuo concreto, no se transfigura en ideal.

Quizás sea el caso de Jesús de Nazaret, al que Gomá dedica el último de los libros de la tetralogía (*Necesario pero imposible*) el único caso en que el universal concreto, el prototipo moral, el ideal de ejemplaridad, se identifica

plenamente con un ejemplar concreto, individual, con la particularidad, además, de que ese individuo burla definitivamente la muerte y precede al resto de los seres humanos en la esperanza de la inmortalidad. Gomá interpreta la vida de Jesús de Nazaret como un caso único de *super-ejemplaridad*.

En nuestra opinión, el argumentario que despliega Gomá en relación con esta esperanza en la inmortalidad va sin duda más allá de lo que la razón humana puede probar. Ni siquiera la distinción entre verdad y veracidad y su apelación a una pretendida veracidad (verosimilitud) del relato evangélico es convincente para quien no comparta la fe cristiana que sostiene de principio a fin el argumentario del libro.

Los argumentos esgrimidos por Gomá apuntan, por una parte, a la experiencia extraordinaria que supuso el paso del Jesús de Nazaret histórico por el mundo, cuyo testimonio ha llegado hasta nosotros por las crónicas evangélicas de la vida de Jesús y de las primeras comunidades cristianas. Según este argumento, la experiencia vital de Jesús, así como la experiencia de sus discípulos mientras el maestro estuvo con ellos, y más tarde la experiencia de los primeros cristianos tras la muerte y resurrección de Jesús fue tan excepcional, única, incomprensible en términos de la experiencia común del resto de los mortales, que exige una explicación también excepcional.

La interpretación sobrenatural de las circunstancias concretas que rodean la vida de un personaje histórico, por excepcionales que puedan parecernos, exceden, en nuestra opinión, el ámbito de la razón filosófica. También es cierto que la obra de Gomá subraya los límites de la razón filosófica especulativa para dirimir las cuestiones relativas al sentido de la vida humana y explora nuevas vías, en particular la eficacia del ejemplo, del universal concreto, para acceder a ciertas verdades prácticas últimas. La super-ejemplaridad de la vida de Jesús de Nazaret y la consiguiente super-injusticia que significa su muerte, proyectarán sobre su vida y su muerte una esperanza difícil o imposible de articular en un lenguaje que se atenga estrictamente a las reglas lógicas del discurso filosófico convencional.

Hay un segundo argumento, de más honda raigambre en la tradición filosófica, que nos remite (una vez más) a Kant. Se trata del argumento moral a favor de la existencia de Dios. La apertura del mundo de la experiencia a la trascendencia garantiza su sentido. Refiriéndose al escándalo que supone para cualquiera que considere la idea de Dios la existencia del mal (¿Por qué Dios permitió Auschwitz?), Gomá llega a la siguiente conclusión:

A este Dios maniatado, que *se abstiene de mejorar el mundo*, solo le queda un vehículo para canalizar su compasión por el abandono que en su suelo sufren los hombres: *crear una salida a continuación del mundo*. No transformar la realidad para hacer de ella un mundo mejor sino producir un providencial aumento de “ser” que evita la destrucción definitiva de los individuos ofertándoles una prórroga a su mortalidad amenazada. (...) No es el Dios del porqué sino del para qué. No el Dios que por fin desvela la solución (teórica) al

enigma de la vida sino aquel que muestra una salida (práctica) a sus contradicciones no resueltas (Gomá, 2014 (3), 235).

El concepto de “mortalidad prorrogada”, una suerte de “inmortalidad mortal” o de “mortalidad inmortal” es un concepto paradójico y difícil de entender, por no decir contradictorio. Evoca en algún momento la agonía unamuniana, con toda la carga irracional que el deseo de inmortalidad tiene en Unamuno.

Las dificultades que el lector pueda encontrar en la comprensión cabal de todos y cada uno de los novedosos conceptos que Gomá propone en su obra, para encajar cumplidamente todas las piezas del sistema, no restan valor a la filosofía de la ejemplaridad, sino que ponen de relieve, por el contrario, su capacidad para sugerir, para interrogar, para despertar reflexiones íntimas acerca de las cuestiones más relevantes que se plantea el ser humano; para *filosofar*, en definitiva. ¿Qué más puede pedirse a un libro de filosofía que no quiera ser simplemente un libro sobre otros libros de filosofía? Por todo ello, la *Tetralogía de la ejemplaridad* de Javier Gomá es una contribución ambiciosa, rigurosa y original al panorama del ensayo filosófico español contemporáneo.

Bibliografía.

Los cuatro tomos de la *Tetralogía de la ejemplaridad* están disponibles en dos ediciones: la de 2014 de la editorial Taurus y la de 2019 de Ediciones Debolsillo. Nuestras citas toman como referencia las ediciones indicadas más abajo.

Gomá, J. (2014): *Tetralogía de la ejemplaridad. 1. Imitación y experiencia*. Madrid, Editorial Taurus.

Gomá, J. (2014): *Tetralogía de la ejemplaridad. 2. Aquiles en el gineceo*. Madrid, Editorial Taurus.

Gomá, J. (2019): *Tetralogía de la ejemplaridad. 3. Ejemplaridad pública*. Barcelona, Ediciones Debolsillo.

Gomá, J. (2014): *Tetralogía de la ejemplaridad. 4. Necesario pero imposible*. Madrid, Editorial Taurus.

Gomá, J. (2021) *Un hombre de cincuenta años. Trilogía teatral*. Madrid, Galaxia Gutenberg.

Gomá, J. (2023): *Universal concreto. Método, ontología, pragmática y poética de la ejemplaridad*. Madrid, Editorial Taurus.